



Una invitación

“**E**scuchar” es el primer mandamiento dado por Dios a la humanidad. Así se nos dice en el Deuteronomio: “*Escucha, Israel*” (Dt 6,4) y este domingo, tercero del tiempo ordinario, se nos recuerda de una manera particular desde hace unos años, relativamente pocos, que hemos de ser oyentes de la Palabra. De hecho, el Dios de la Biblia se revela como un Dios que habla y, la hacerlo, brota la vida.

El libro del Deuteronomio, del que procede esta profesión de fe, se ocupa de la educación del pueblo Israel. De ahí las numerosas exhortaciones y llamadas a la atención interior (Dt 4,1; 5,1; 6,4; 9,1; 27,9). Estos llamamientos no se dirigen sólo a la actividad sensorial del oído, sino sobre todo a la acogida del corazón. Quien escucha, abre su interior a la Palabra de Dios y saca de ella la fuerza y la motivación para actuar, y edificarse como persona creyente. Esto es lo que se desprende del famoso pasaje de “šema' yisra'el” (Dt 6,4-9). ¿Qué escuchamos aquí? Una confesión de fe según la cual “*YHWH nuestro Dios, YHWH es Uno*”. La consecuencia es la adhesión total por medio de un amor indiviso: “*(por eso) amarás a YHWH tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas*”.

Pero el “**mandamiento**” de amar a Dios es una exhortación no una imposición. El Dios de la Alianza tiende la mano al ser humano y espera su respuesta

libre, pero firme y coherente.

Para llevar consigo

La llamada a la escucha es, por tanto, vinculante para el destinatario. Por tanto, el receptor, que somos cada uno de nosotros, hemos de comprender el alcance del mensaje y lo que está en juego. El entendimiento que se nos pide, no es una cuestión intelectual, sino existencial. Quien escucha sin dejarse atrapar por lo que oye, sin vivirlo, no ha comprendido (**cum-prehendere** significa “**no se llevó consigo la Palabra**”) nada.

Esto es lo que le ocurrió una y otra vez al pueblo de la Biblia, que es descrito como “*un pueblo que se niega a escuchar*” (Jr 13,10; cf. Ez 2,7), “*un pueblo de cabeza dura*” (Ex 33,5; Dt 9,6), “*un pueblo de dura cerviz*” (Ba 2,30).

No podemos olvidar que, en la Biblia, el aspecto auditivo prima sobre el visual: la relación con Dios consiste en atender a su voz, oír o leer su Palabra, comprender su significado. De ahí la necesidad de meditarla (**leer sin meditar es como comer sin digerir**)).

No se trata ni de verlo ni de tocarlo. De ahí que,



refiriéndose al acontecimiento de Horeb, Moisés pudo decir al pueblo: “*El Señor os habló desde en medio del fuego: oías palabras sin ver figura alguna*” (Dt 4,12). El creyente debe contentarse con que el Verbo de Dios

sea leído, escuchado, rumiada en el corazón y sembrado en el diario vivir.

En 1 Reyes 19:11ss, la experiencia del profeta Elías es una buena ilustración: él también experimentó el paso del Señor sin un “**ver**”. Sólo a través del “**oír**” sintió una presencia. “**Vio**” en “*una voz de fino silencio*” o “*una fina voz de silencio*”. Es como si el texto nos invitase a escuchar la que Dios dice en lo más íntimo de nuestro ser.

¿Cómo hacerlo?



Si Dios llama a Israel a escuchar, implícitamente le está dando un ejemplo a seguir. Nos invita, como aliados y como hijos, a escuchar como Él lo hace. En particular, nos mueve a complementar la acogida de palabras de sabiduría e inteligencia, con la atención a situaciones y gritos de los oprimidos.

La atención, a la manera Dios, es esencial para todos, especialmente para los creyentes, y el camino que Jesús abrió en Cafarnaún, tal como se ha proclamado en el evangelio de hoy, es toda una invitación a “**aguzar el oído**” promoviendo y cuidando los lugares donde se comparte la Escritura. Escuchándose a uno mismo, a los demás y a Dios, es posible seguir realizando la vocación evangelizadora de la Iglesia.



Un salmo para rumiar

Sal 18, 8. 9. 10. 15

La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye al ignorante.

**Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos.**

**La voluntad del Señor es pura
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos.**

**Que te agraden las palabras de mi boca,
y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón,
Señor, roca mía, redentor mío.**

A una interiorización orante de la palabra proclamada en la primera lectura, y que encuentra su plenitud en el evangelio, es a lo que nos invita la segunda parte del salmo 18/19.

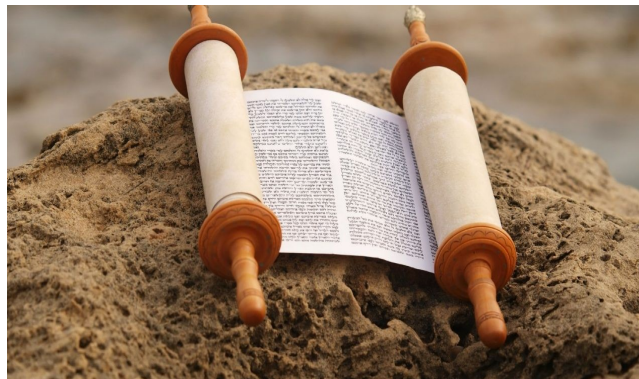
“La ley del Señor” -su Verbo- muestra la grandeza de Dios porque responde perfectamente a a nuestras necesidades. Testimonios, ordenanzas, mandamientos, juicios, todos juntos unidos al nombre de Jesús, actúan sobre el creyente y lo transforma, como el apóstol Pedro reconoce, en una de sus

cartas, al decirnos que “eres regenerado... por la palabra viva y permanente de Dios” (1 Pedro 1:23).

La palabra de Dios es declarada perfecta, sin debilidad ni fragilidad, viene del Cielo, no de los hombres. Es “segura”, “directa”, “pura”, “verdadera”. Sus “juicios” son “justos”, porque las diferentes partes de la Biblia se complementan entre sí para manifestar la verdad: “El compendio de tu palabra es la verdad” (Salmo 119,160; ver también 2 Pedro 1, 20).

La “ley” también es fecunda. Es la palabra inspirada, viva y vivificante; despierta la fe en el que la recibe: “La fe entra por el oído, escuchando la palabra de Dios” (Romanos 10,17). Su papel no es tanto denunciar como restablecer, entregar, instruir, dar vida, sabiduría, alegría, aclarar la mirada. Tales son sus resultados en aquel que la acoge con respeto, y se deja guiar por ella.

Casiodoro Senador, político y escritor latino, fundador del monasterio de Vivarium en Italia en los s.V-VI,, comentando el salmo afirma que “concluye con dos expresiones distintas, llamando a Dios Roca mía en lo que se refiere a las cosas santas y Redentor mío en lo que tiene que ver con las pecaminosas, a fin de que nadie atribuya a sus propios méritos lo que ha obtenido gratuitamente de la generosidad del cielo”.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO III “PER ANNUM” “C”

Un texto para guardar en la memoria del corazón



Nehemías 8, 2-4a. 5-6. 8-10

En aquellos días...el sacerdote Esdras trajo el libro de la ley ante la comunidad: hombres, mujeres y cuantos tenían uso de razón...Se puso en pie sobre una tribuna de madera levantada para la ocasión... abrió el libro en presencia de todo el pueblo... al abrirlo, el pueblo entero se puso de pie. Esdras bendijo al Señor, el Dios grande, y todo el pueblo respondió con las manos levantadas: «Amén, amén». Nehemías les dijo: «...este día está consagrado al Señor. ¡No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza!».

Lucas 1, 1-4; 4, 14-21

En aquel tiempo...con la fuerza del Espíritu...fue a Nazaret...entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor»...Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír».